



Historias obstruidas de mujeres invisibles



UNIVERSIDAD
CENTRAL

Historias obstruidas de mujeres invisibles

Este es un proyecto de Transferencia de Conocimiento
gestionado por el Departamento de Comunicación Social y Periodismo
y la Biblioteca de la Universidad Central



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,
HUMANIDADES Y ARTE
Departamento de Comunicación
Social y Periodismo

Consejo Superior

Jaime Arias Ramírez (presidente)
Rafael Santos Calderón
Fernando Sánchez Torres
Jaime Posada Díaz
Rubén Darío Llanes Mancilla (representante de los docentes)
José Sebastián Suárez Rodríguez (representante de los estudiantes)

Rector

Rafael Santos Calderón

Vicerrector académico

Luis Fernando Chaparro Osorio

Vicerrector administrativo y financiero

Nelson Gnecco Iglesias

Este es un proyecto de Transferencia de Conocimiento gestionado por el Departamento de Comunicación Social y Periodismo y la Biblioteca de la Universidad Central

Una realización colectiva de...

Alejandra Arenas Perdomo
Carol Viviana Bernal Quintana
Jessica Paola Caicedo Sierra
Karen Alejandra Camacho Aldana
David Mauricio Cárdenas Suárez
Lina María Cubides Cruz
René Alejandro Gómez Sánchez
Beatriz Alejandra González González
Wilmer Arley Leguizamón Landínez
Hellen Nicolle Molina Galindo
Laura Camila Molina Roa
Camila Alejandra Mora Martínez
Aura María Sánchez Velásquez
María Alejandra Spadei Garcés
Jenifer Uribe Ramírez

Gloria Alvarado Forero
*Decana Facultad de Ciencias Sociales,
Humanidades y Arte*

Martha Lucía Mejía Suarez
*Jefe del Departamento de Comunicación Social
y Periodismo*

Sandra Lilina Osses Rivera
Líder de Comunicación y Poder

Edilson Silva Liévano
Proyecto Experimental de Razón Sensible

Luz Ángela González
Fernando Malaver
Biblioteca de la Universidad Central

Invitados especiales:

Santiago Alvarado (Tinta)
Epígrafe (grupo musical)

Cubrimiento:

Agencia Central de Noticias (ACN)
de la Universidad Central

Las mujeres contadas a través de la palabra:

Erika Ruiz Palermo
Olga
Myriam Stella Bello
Yorman Bejarano Rodríguez
Consuelo Forero
Leila Romero Preciado
Leidy
Marina Mazo
Luz Marina Sosa
Blanca Rojas
Magdalena Quintana
Odilia Archila
Rosa
Hilda Marina Melo

ISBN para PDF: 978-958-26-0297-0

© Varias autoras

© Ediciones Universidad Central

Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso)
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Producción

Coordinación Editorial

Dirección: Héctor Sanabria Rivera

Coordinación: Jorge Enrique Beltrán

Diseño y diagramación: Patricia Salinas

Corrección de textos: Fernando Gaspar Dueñas



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons 4.0 internacional. Usted es libre de copiar, adaptar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos de manera apropiada, no lo haga con fines comerciales y difunda el resultado con la misma licencia del original.

A todas las mujeres que nos
han dado su palabra

Las historias que vas a encontrar

	Pág.
Prólogo.....	9
La vida difícil también es bella..... <i>Aura María Sánchez Velásquez</i>	11
Invicta de alma y corazón..... <i>Beatriz Alejandra González González</i>	15
Myriam, valiosa mujer, madre y trabajadora..... <i>Camila Alejandra Mora Martínez</i>	18
Yoyis..... <i>Lina María Cubides Cruz</i>	21
El límite de vivir <i>Karen Alejandra Camacho Aldana</i>	26
Leidy, una mujer de hogar..... <i>Hellen Nicolle Molina Galindo</i>	29
Traperos, escobas y unas cuantas humillaciones..... <i>David Mauricio Cárdenas Suárez</i>	32
Luz Marina, el amor mueve montañas <i>Laura Camila Molina Roa</i>	36

Las piedras del camino.....	39
<i>Carol Vivian Bernal Quintana</i>	
El cielo de Chelito	42
<i>Alejandra Arenas Perdomo</i>	
Blanca lo ha dado todo por sus hijos.....	44
<i>María Alejandra Spadei Garcés</i>	
Odilia vive gracias a una fundación	49
<i>Wilmer Arley Leguizamón Landínez</i>	
Rosa	51
<i>René Alejandro Gómez Sánchez</i>	
Fuerza y amor, la definición de la mujer.....	53
<i>Jessica Paola Caicedo Sierra</i>	

Prólogo

Este trabajo está articulado al proyecto Anclaje Territorial, una Construcción Colectiva, que es una política del Departamento de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Central cuyo objetivo es orientar proyectos comunicativos de reconocimiento y apropiación del territorio y de construcción colaborativa de mundos posibles para reafirmar la vida.

Las historias de vida que el lector encontrará se construyeron desde la asignatura Proyecto Experimental de Razón Sensible. En dicho espacio, se cuestionan las nociones verticales de la modernidad, tales como *sistema*, *control*, *poder*, *alteridad*, para privilegiar una reflexión desde la imagen sensible que desafía o constituye la paradoja de los discursos irrealizados de la sociedad.

Esta vez, le hemos apostado a la narración desde el punto de vista de varias mujeres que trabajan en el servicio doméstico. Así, les damos voz y memoria, a través de la palabra contada, a la existencia significativa de estas mujeres. Este trabajo nos ha permitido rescatar las historias de algunas mujeres que, pese a su gran contribución al cuidado de la familia y a la economía del país, siguen siendo invisibles en la sociedad colombina.

Así, surgió la idea de contar las historias de mujeres que, a pesar de estar presentes en muchas de las esferas de nuestra actividad humana, en la familia y en las instituciones, son casi invisibles como personas. Sus derechos son negados; sus historias, obstruidas. Cada uno ha puesto parte de este trabajo que entregamos hoy: las mujeres que se ofrecieron a contarse haciendo memoria de su experiencia; los jóvenes estudiantes que fueron en la búsqueda de la experiencia oculta. Además, la Biblioteca de la Universidad Central se suma a esta labor de leer y escribir la palabra y la realidad.

Edilson Silva Liévano
Bogotá, D. C., 21 de noviembre de 2015

La vida difícil también es bella

Aura María Sánchez Velásquez

Existen personas alrededor de nosotros a las que muchas veces no consideramos importantes. Creemos, sin quererlo, que su función es estar siempre ahí y las subestimamos.

Mujeres que están todo el día en la casa, que nos ayudan a que esta esté limpia, que nos preparan el desayuno, el almuerzo, la comida... Ellas, que siempre han estado ahí para ayudarnos, mujeres sin voz, mujeres que sufren y no dicen lo que sienten por miedo a ser juzgadas. Son aquellas mujeres, empleadas domésticas, que, como todos, merecen vivir plenamente, merecen tener espacios para ellas, para volver a ser felices y volver a ser.

El 14 de septiembre de 1972, nació Erika Ruiz Palermo, rodeada de sus padres y dos hermanas que, años después, llegaron a formar parte de la familia. Desde muy pequeña, Erika no contó con los recursos suficientes para vivir de manera plena. Por eso, es una más de las tantas mujeres que, día tras día, ha trabajado y luchado para salir adelante como empleada doméstica, no solo su adultez, sino desde su niñez.

Saldaña, Tolima, un municipio lleno de fauna y flora y de personas amables, con un olor particular; ese que le recuerda su hogar con nostalgia, en donde, a varios kilómetros del pueblo, muy arriba de la montaña, vivía Héctor Ruiz, Blanca Palermo, Erika y sus dos hermanas.



Sus padres nunca recibieron educación y, por tanto, trabajaban en lo que les saliera para poder sostener su hogar. Apenas nació la segunda hermana menor de Erika, se dieron cuenta de que la plata con la que contaban, producto de sus trabajos, no alcanzaba. Así que Erika, desde sus doce años, siendo la hermana mayor, comenzó a trabajar en hogares de familia haciendo oficio doméstico: lavando, limpiando, cocinando y planchando.

No disfrutó una grata infancia, como dice ella, porque, mientras sus compañeros jugaban en la plaza central, ella tenía que trabajar toda la tarde. Pero afirma que sus esfuerzos no fueron en vano porque sentía una gran plenitud al ver que su familia no pasaba por ninguna dificultad gracias a sus esfuerzos.

Un día común para Erika, una pequeña niña de doce años, consistía en levantarse antes de que algún integrante de su familia lo hiciera, hacer el desayuno para ella y todos en su hogar, ir a estudiar, volver a la casa, cambiarse y regresar al pueblo para empezar a trabajar.

Estudiaba en una pequeña escuela a cinco kilómetros de su casa que no tenía una buena fachada, contaba con dos salones y la mitad de ellos estaban destrozados. “Recuerdo que la mayoría tenía que sentarse en el

piso porque no alcanzaban las sillas y, mucho menos, las mesas”, afirma ella.

Pero no todo era malo, pues, para ella, ir a la escuela era su proceso para lograr ser una mejor persona, para lograr los sueños que soñaba cada noche: ser una gran profesora. Aunque estudiaba solo medio tiempo, aprovechó todo lo que aprendió allí.

Al ser tan pequeña, no le podían dar un trabajo fijo. Pero ella, en ese momento, en lo único que pensaba era en ayudar a toda su familia. Así que el único trabajo que consiguió en esa época era como trabajadora doméstica. Ella era la encargada de limpiar las casas de las personas más prestigiosas del pueblo, hacer almuerzo y comida, lavar, planchar y estar pendiente de la casa.

“No creo que todo en mi vida haya sido malo, mucho menos esa experiencia. De hecho, creo que eso me enseñó a ser más responsable. Pero sé que dejé pasar mi gran sueño y, por eso mismo, sé que jamás dejaría que mi hija pasara por lo mismo”, afirma con certeza.

Pasaron los años. Continuó trabajando como empleada doméstica hasta el día de su grado como bachiller. Sus sueños seguían en pie. Y, aunque sabía que ingresar a la universidad estaba en un plano muy lejano, estaba completamente feliz, pues, hasta ese momento, había podido ayudarle a su familia y había cumplido con todos sus deberes.

Siempre escuchó que Bogotá era una gran ciudad que ofrecía oportunidades para todos y creyó, por un



instante, que allí podría realizar sus sueños. Poco tiempo después de graduarse, Erika tomó la decisión de irse a vivir a Bogotá, creyendo que aquí encontraría más posibilidades de trabajo para ayudarles a sus padres y a sus hermanas y, a su vez, ir ahorrando para poder pagar sus estudios universitarios.

Ella tenía una perspectiva diferente de lo que era Bogotá. Para ella, esta ciudad, de la cual hablaban en su municipio, era inmensa y ordenada y en ella existían más posibilidades de progresar que en su municipio.

Al llegar, se dio cuenta de que no todo era tan fácil como ella llegó a pensar algún día, pues alguien le dijo que tampoco era una ciudad muy organizada y mucho menos existían todas las oportunidades que ella se imaginaba. Pero, como siempre ha sido una persona con firmeza y fuerza, decidió seguir adelante.

Buscó varios trabajos, pero en muchos le dijeron que no. Así que, inmediatamente, pensó que continuaría haciendo el mismo trabajo que realizaba en Saldaña, pues era lo único que ella sabía hacer a la perfección. No conocía la ciudad, pero alguien le recomendó algunos lugares en donde podía vivir. Así, arrendó una pieza en el sector de Kennedy que tenía baño, cocina y un lugar donde dormir.

“Al llegar, pensé que iba a ser muy duro. Pero me encontré con personas maravillosas que me ayudaron y me dieron la mano”. Caminó por todo el

La vida difícil también es bella

sector durante una semana, pasando casa por casa ofreciendo su trabajo. Días después, empezó a trabajar en una casa de familia, en un conjunto a diez cuadras de donde ella vivía. Esta le ofrecía un horario flexible y le pagaba muy bien.

Tiempo después conoció a un hombre maravilloso que trabajaba como todero en el conjunto residencial en el que Erika laboraba. Un hombre que, hasta el día de hoy, ha sido su compañero de vida y, más que eso, un apoyo grande.

Trabajó en esa casa por dos años y llevaba ya un año con aquel hombre. Por ese tiempo, ya se habían organizado en un pequeño apartamento cerca del conjunto que tenía dos piezas, un baño, una cocina y una sala comedor. Era un poco más de lo que Erika y su esposo habrían soñado. “No tenemos la mejor vida, pero sí tenemos algo más de lo que algún día pudimos llegar a imaginar”.

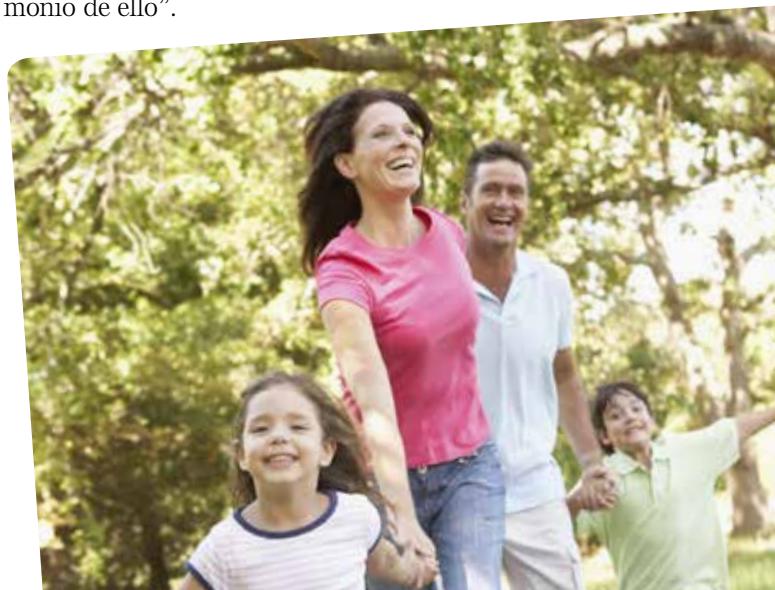
Poco tiempo después, se cumpliría uno de sus sueños: estaba embarazada. Entonces decidió no trabajar todos los días en la casa de familia, pues su esposo le podría ayudar en los gastos del hogar, sino tres días a la semana.

Nueve meses después, Erika dio a luz a la que sería su más grande pilar: Laura, una pequeña niña de tez

blanca, cabello negro y ojos grandes que sería, y es, su mayor motivo para vivir y a quien quiere darle lo mejor de este mundo.

Hoy en día Erika trabaja como empleada doméstica en varias casas, mientras su hija va al colegio y su esposo trabaja en una empresa de teléfonos. En estas casas, ella no solo trabaja, sino que también irradia alegría, llena las casas de paz, de tranquilidad y tiene la plena seguridad de que así no le faltará nada a ella ni a su familia:

“No creo que mi trabajo sea motivo de vergüenza, pues gracias a él he salido adelante, le he ayudado a mis papás, a mis hermanas y le he podido pagar un colegio a mi hija, que es el motor de toda mi vida. Dejé algunos de mis sueños atrás, pero cumplí otros. Y sé que nunca me avergonzaré de todo lo que he pasado porque la vida difícil también es bella, y yo soy un testimonio de ello”.



Invicta de alma y corazón

Beatriz Alejandra González González

El 20 de mayo de 1972, en la ciudad de Chiquinquirá (Boyacá), nació Olga, rodeada de siete hermanos varones, un padrastro tosco, una madre insensible, una abuelita querida y una vida muy dura por recorrer.

A los siete años, su madre la obligó a dejar sus muñecas para ir en busca del dinero para mantener la casa. Y, aunque no era su responsabilidad, entró a trabajar como empleada del servicio doméstico en una casa de familia para tres niñas y sus padres.

Pero, apenas puso un pie en esa casa, empezó a ser víctima de humillaciones, malos tratos y bofetadas, sin mencionar que ni siquiera podía ver el dinero por el cual trabajaba, ya que su madre se encargaba de cobrarlo y no le dejaba ver ni un centavo. A los seis meses fue despedida por ponerse las medias de las niñas de la casa, pues le parecieron muy bonitas y ella no tenía la oportunidad de tener unas iguales.

Su abuelita Hermelinda la quería mucho. Ella no estaba de acuerdo con que su nieta trabajara y menos con que recibiera malos tratos. Su sueño era llevársela a vivir con ella. Pero, en ese momento, no tenía los medios económicos para comprar una casa o pagar arriendo, debido a que tam-



Invicta de alma y corazón

bién era empleada del servicio doméstico. Eso sí, cada vez que podía, visitaba a su nieta para llevarle ropa de segunda y comida.

Después de ser despedida, Olga regresó a su casa. Pero su madre la golpeaba constantemente por no proveer más dinero, así que no había más opción que buscar trabajo y estar lo más lejos posible de casa.

Su nuevo trabajo consistió en cocinar para obreros en una estufa de carbón, llevarles tinto y lavar la ropa. Pero esto no duro mucho. Meses después, consiguió otro trabajo en una casa de familia como empleada del servicio doméstico de tiempo completo. Una noche, el hijo de su “patrona”, de veintidós años, intentó abusar de ella. Al día siguiente la despidieron porque el muchacho dijo que ella era quien le coqueteaba.

Nuevamente en casa, Olga tuvo que asumir la responsabilidad de atender a sus hermanos y encargarse de todos los oficios. Pero, cansada de los malos tratos de su madre, decidió buscar trabajo. Así que regresó a la misma casa de familia en la que tuvo su primer empleo.

Una mañana se dio cuenta de que pasó de ser niña a mujer. Pero, asustada por este acontecimiento del que nunca antes había escuchado hablar, no supo qué hacer. Fue una empleada que trabajaba en la heladería de la señora de la casa quien le explicó

que se había desarrollado y le indicó las instrucciones que debía seguir.

Tiempo después, llegó a su vida su primer novio, un muchacho de diecisiete años del que Olga se enamoró, pero la relación solo duró cuatro meses. Al cumplir diez años, decidió escapar de su casa e irse a vivir con una amiga. Entró a trabajar en una cafetería en la plaza de mercado. Allí duraría trabajando diez años y su horario laboral era de cuatro de la mañana a ocho de la noche. Debía atender al público y se sentía contenta por el buen trato de sus jefes.

Dividía el sueldo con su mamá y guardaba dinero para ella y para sus propios gastos. Pero su mamá no estuvo de acuerdo en que no le diera todo el dinero y empezó a hacerle escándalos en su trabajo. Por esa razón, sus jefes, cansados de dicha situación, la despidieron.

A la edad de once años y medio conoció al que sería el padre de sus hijos, un joven de veintidós años y medio. Un año después, tuvo relaciones con él y se fueron a vivir a Zipaquirá. Allí, empezó a trabajar en una casa de familia, pero su felicidad duró apenas ocho días.

Él empezó a golpearla y a maltratarla física y psicológicamente, pero ella no quería regresar a su casa. Así pasaron cinco meses, luego quedó en embarazo y él la hizo regresar a Chiquinquirá sin dinero. Le pidió que abortara, pues no quería ir a la cárcel, así que le dio quince días de plazo para decidir.

El ambiente en su casa se volvió un infierno, mucho peor del que siempre había sido. Su padrastro y su madre querían hacerla abortar a golpes. Luego de dos meses de maltrato, su novio la encontró golpeada y decidió llevársela a vivir con él. Allí, aprendió a preparar quesos para pagar los gastos. Fue un tiempo difícil en el que su esposo le era infiel, llegaba borracho y la golpeaba. Su niño murió, lo que dejó en Olga un dolor y un vacío imposible de llenar.

Tiempo después, intentó separarse y regresar a su casa. Pero su padrastro no la recibió, así que no tuvo más opción que regresar con el padre de sus hijos. Dos años más tarde, volvió a quedar embarazada y nació una niña con discapacidad, el papá la negó y las abandonó.

Sin embargo, Olga no se dio por vencida y consiguió tres trabajos al día. Se levantaba a las cuatro de la mañana para trabajar en una cafetería, en las tardes lavaba ropa y, en las noches, hacía el aseo en una casa de familia. De esa manera, demostró la increíble fortaleza que posee y el espíritu emprendedor que le ha permitido superar las diferentes adversidades que la vida le ha presentado.

Más adelante trabajó de tiempo completo con una amiga haciendo empanadas. Actualmente, encontró un ángel en su camino que le ayudó a conseguir trabajo en una entidad de salud como empleada de servicio. Ahí tiene un buen sueldo, una vida más tranquila y su hija puede disfrutar de un colegio con educación especial.

Ingresó a una iglesia cristiana llamada El Lugar de su Presencia. En ella encontró paz, tranquilidad y, sobre todo, razones para seguir adelante. De la mano de Dios ha logrado superarse como mujer, reconstruir paso a paso su autoestima, disculpar de corazón a su madre y volver a creer en la felicidad al lado de su hija.

Quienes la conocen, admiran su carácter y su fortaleza. Muchos le preguntan cómo puede sonreír después de una vida tan dura. Ella, con su sencillez y autenticidad, siempre responde: “¿Y para qué amargarse?”. Ella prefiere disfrutar y gozar de la vida, ya que es una mujer de tan solo 45 años, con un gran camino por recorrer.

Olga siempre ha mostrado su fortaleza. No se ha dejado vencer por los múltiples obstáculos que se le han presentado en el camino y, de la mano de Dios, ha logrado salir adelante cultivando un gran futuro para su hija y para ella.

A pesar de lo mucho que Olga ha sufrido, su alma y su corazón siguen invictos...

Myriam, valiosa mujer, madre y trabajadora

Camila Alejandra Mora Martínez

A las afueras del norte de la ciudad de Bogotá, se encuentra un municipio llamado Ubaté que pertenece al departamento de Cundinamarca. Es un lugar pequeño en cuanto a la zona urbana, pero extenso en zonas rurales.

Allí nació Myriam Stella Bello, una mujer que se encuentra cerca de la tercera edad. Ella proviene de una familia humilde, es la hija menor de Rosa Bello, una mujer trabajadora que dedicó su vida al servicio doméstico. Tiene una hermana mayor llamada Flor Alba Bello, que, al igual que su madre, se desempeñó como trabajadora doméstica, y vive con su tío José Cervio Bello, un trabajador que ha luchado toda su vida por sacarlas adelante.

Myriam hizo sus estudios de primaria y bachillerato en la Escuela Normal Superior de Ubaté. Es una mujer luchadora que, por motivos económicos, tuvo su primera experiencia laboral a los trece años, en el casino (cafetería) de una mina. Aunque, su mayor sueño era poder ser profesional, no logró cumplirlo.

A nivel laboral, ha tenido muchas experiencias. Cuando era adolescente, trabajó en Bogotá como empleada de servicios domésticos. Luego regre-



só a Ubaté, trabajó en Flores Ubaté y en casas de familia. Fue secretaria de la Junta de Acción Comunal, realizó trabajo comunitario (organizando actividades tales como bazares y bailes), trabajó en una lavandería como empleada de servicios generales y domésticos y, luego, en un negocio comercial. Actualmente, se dedica a su propio hogar.

Se caracteriza por ser una persona muy solidaria, amigable, amorosa y colaboradora. No ha viajado, no ha podido disfrutar de la vida. Pero hoy en día se siente satisfecha de poder ayudarles a otras personas; como a su madrina, que está muy enferma, se encuentra en su etapa final de la vida, con muchas dificultades para mantenerse en pie y necesita de su ayuda constantemente.

En la casa donde más tiempo laboró duró veinticinco años. Hacía el aseo, atendía y lavaba la ropa de la lavandería. Asimismo, ayudó a cuidar al hijo de tres años de la pareja para la que trabajaba. Estuvo presente ante la llegada de las dos hijas menores. Se encargó de brindar su apoyo incondicional para cuidarlos, educarlos, corregirlos y amarlos como a sus propios hijos. Sus tres hijos propios tenían las edades de los niños que ella cuidaba con tanto amor.

Actualmente, los hijos de Myriam son mayores de edad. Saúl, su hijo mayor, tiene 25. Yoiner, la niña, tiene 21. Y Mauricio, el menor, tiene 20. Ella los define como su mayor tesoro. Junto con su madre, su tío y su hermana, son el mejor re-

galo que le ha dado la vida. Por ellos trabajó y luchó tantos años para sacarlos adelante. Se hizo cargo de responder económicamente por ellos. Y, ahora que ya son grandes, solo desea que sus hijos logren tener un buen futuro.

Trabajó la mayor parte de su vida. Todos los esfuerzos que hizo valieron la pena, pues logró educar y ayudar a sus hijos hasta donde la salud y las ganas de luchar le dieron la posibilidad de hacerlo.

Ella piensa que las empleadas domésticas tienen derecho a recibir un trato digno, lleno de mucho respeto, y que se deben valorar los resultados de su trabajo; aunque todavía existan casos de mujeres que trabajan muchas horas al día, reciben poco dinero y no son valoradas de ninguna forma por sus contratantes.

Myriam expresa: “Mi experiencia de vida ha sido muy buena. Tuve buen trato, cariño y respeto por parte de todas las personas con las que trabajé. Tuve que afrontar muchos retos, asumir responsabilidades, pero siempre disfruté de una grata armonía en el trabajo. Aunque también viví dificultades en algunas casas, nunca fui agredida ni física ni verbalmente. No puedo negar que me tocó sufrir, trabajar, luchar y guerrearla para sacar a mi familia adelante. Fue una lucha muy buena de la cual me siento satisfecha. Soy una mujer

Myriam, valiosa mujer, madre y trabajadora

feliz, soy madre soltera, hija de una madre soltera que también guerreó para sacarme adelante. Tengo una familia armoniosa, cariñosa. Soy muy amada por mi familia. Somos una familia muy comprensiva. Muy pobres y muy humildes, pero muy unidos. Me siento feliz de lo que he vivido”.

En la actualidad, se dedica a velar por la salud de su madre y su tío. “Toda la vida he vivido con mi mamá y mi tío. Y ahora me ha tocado estar pendiente de ellos. Nunca me separé de mi madre, que ha sido uno de mis más grandes tesoros, que me ha dado la vida, ni de mi tío, que ha sido como un padre para nosotros. Ha sido una persona muy respetuosa, muy cariñosa, una persona excepcional con nosotros. Siempre nos ha amado a mi mamá y a mi hermana, y a mis hijos los adora”, cuenta Myriam.

Además de responder por las obligaciones del hogar, Myriam colabora con el cuidado de su madrina. Pero, aun así, dedica alrededor de una hora y media a sus pasatiempos, que incluyen escuchar música, pintarse las uñas, ver televisión y compartir con su familia y con su mascota.



Yorman Bejarano Rodríguez es una mujer bogotana, trabajadora, como ella misma dice, “profesional en el trapero”, alegre, carismática, sincera, increíblemente amable, totalmente enamorada de su Colombia y muy feliz de vivir.

La madre de Yorman tenía una fábrica de aromáticas cuando ella y sus hermanas eran pequeñas. Fue así como, a la edad de doce años, empezó a trabajar con su madre ayudándole a poner las tiritas de las bolsas de aromáticas.

Unos años después, terminó sus estudios de bachillerato para empezar la carrera de secretaría ejecutiva en el SENA. Y, aunque su sueño siempre había sido casarse y tener una familia, su verdadero y más íntimo anhelo era bailar, pues le encantaba la idea de usar esos hermosos vestidos que las bailarinas utilizaban al presentarse.

Terminó su carrera en el SENA y logró cumplir uno de sus tantos sueños, que era tener una familia con el



hombre con el cual lleva casada 35 años y con quien tiene dos hijos espléndidos. El mayor, de 35 años, es un instructor de gimnasio y elaborador de páginas web. El menor, de 27 años, es músico, tiene una banda de *rock* y está estudiando ingeniería de sistemas.

Todo en su vida marchaba de maravilla. Tenía una residencia universitaria en la calle 72 con carrera 20, en Bogotá, pero un día su vida dio un vuelco que le cambió todo. Yorman asistía a una iglesia cristiana desde hacía unos diez años. Pero un domingo, después de volver de la iglesia, encontró que la residencia que manejaba estaba totalmente vacía, pues unos ladrones se habían llevado absolutamente todo, a tal punto que solo la habían dejado a ella y a su familia con la ropa que tenía puesta.

Debido a este evento desafortunado, Yorman y su familia tuvieron que mudarse, sí o sí, al sur, a Santa Librada, un lugar en el cual ella nunca había pensado que iba a vivir, pues siempre tuvo la oportunidad de vivir en el norte. Aun así, ella y su familia vivieron de arriendo en arriendo seis meses, rehusándose a vivir en el sur.

Además de esto y el robo, Yoyis, como la llaman algunos, descubrió que su esposo estaba con otra mujer. Así, ella atribuyó todos estos sucesos a un pasaje de la Biblia que

habían estudiado en la iglesia según el cual la infidelidad provoca terribles acontecimientos dentro de la familia.

Recomenzando su vida en el tormentoso sur, Yorman conoció durante cuatro años la verdadera miseria de las personas. Pero, también conoció gente muy bonita que le enseñó el verdadero valor de la amistad. Y, más impactante aún, conoció ese tipo de vida en el cual no se tiene donde dormir o solo se puede comer una vez, o incluso no se puede comer.

Durante esa época en la que había perdido todo, y gracias a su esposo, Yorman había enviado una hoja de vida a la Universidad Pedagógica Nacional para servicios generales. En pocos días, la llamaron para una entrevista a la que asistió, pero no volvieron a llamarla. Transcurridos esos cuatro años, finalmente la llamaron para empezar a trabajar en dicha universidad en el año 2000. Llegó en el mes de noviembre, cuando no hay estudiantes ni profesores, y empezó a arreglarla con otras compañeras.

En enero, la ubicaron en el restaurante. Allí preparaba los alimentos para el desayuno, el almuerzo y la comida. Su día comenzaba las 5:30 de la mañana, pues ya a las 6:00 tenía que estar trabajando con sus otras compañeras.

Los primeros seis meses fueron muy duros para Yorman, pues lloraba constantemente por el ritmo que se manejaba y al cual no estaba acostumbrada. Además, sentía vergüenza de te-

ner que salir a barrer y usar gorro y tapabocas por la necesidad de sobrevivir, a tal punto que decía que no podía y que iba a renunciar. Pero, finalmente, cambió de parecer y se dijo: “tengo que querer mi trabajo porque, si no lo quiero, no voy a estar bien conmigo”. Y fue así como empezó a querer a su trabajo, a pesar de que aún le daba vergüenza decir que barría.

A partir de este cambio, Yoyis empezó a marcar la diferencia. Así, fue una de las primeras en saludar a los estudiantes y profesores de la universidad, pues ella notaba que, a pesar de que todos los días veía a los mismos, ninguno se conocía con el otro.

Sin embargo, este pequeño acto de cordialidad le trajo problemas con compañeros que ya llevaban varios años trabajando allí, pues ella era relativamente nueva y no era bien visto por los otros. Por eso, le prohibieron hablar con los estudiantes.

Pero ella no permitió que la coaccionaran de esa manera, lo que provocó más inconvenientes entre sus compañeras. Aun así, logró que los saludos se propagaran más y que ella fuera conocida por todos los miembros de la universidad como “la mona”. Era muy ágil y le rendía lo suficiente como para ayudar a sus otras compañeras. Aunque muchos la consideraban una “lambona”, ella siempre lo hacía para colaborar.

En su nuevo camino, conoció a una excelente compañera de trabajo, Clara Bajonero, que le enseñó a optimizar su tiempo en la cocina usando técnicas que solo ellas (las que mandaban) cono-

cían. Aunque estaba en la cafetería, ella odiaba tener que hacer empanadas, pues era mucho el tiempo que tenía que destinarle y, además, como ella bien dice: “la cocina no es mi arte”.

Sin embargo, tras tres años de estar en la cocina, lo aprendió a hacer y le fue muy bien. Así también se dio cuenta de que, al querer lo que estaba haciendo, le quedaba más tiempo libre, que no era demasiado, pero sí suficiente, para ayudar a sus otras compañeras.

Después de su experiencia en la cocina, decidió que ya era tiempo de cambiar de ambiente y pasó su carta de traslado para trabajar en servicios generales. Yorman se destacó por su gestión, realizada a partir del Código Sustantivo de Trabajo (que regula la contratación de trabajadores), con las mujeres, pues ellas no contaban con un uniforme porque, en ese tiempo, eran contratadas mediante subcontratación.

Finalmente, tras varios procesos, Yoyis logró que a estas mujeres les fuera entregada una dotación, al menos cada seis meses. Esto significó un logro increíble. Pero, de nuevo, tuvo problemas con sus compañeros, que seguían disgustados por los cambios que ella lograba en el sindicato con el poco tiempo que llevaba allí.

Tras su traslado, trabajó en El Nogal durante dos años. Allí disfrutó de grandes experiencias y comenzó a co-

nocer más de la universidad. Conoció el grupo de danzas de la universidad, al que le encantaba ver cada vez que ensayaba. Pero, aunque recordaba su sueño, sabía que esta actividad era solo para estudiantes, y no para funcionarios.

Pero, un día en el que ella los veía detalladamente, su compañera, Catherine Mora, le preguntó si le gustaría ser parte del grupo y la condujo a la profesora María Elisa, que la aceptó como miembro del grupo de danzas. Otro de sus sueños cumplido.

La primera presentación a la cual asistió fue una bienvenida en el coliseo. Pero, al cambiar el escenario de último momento, a Yoyis le dio pánico escénico y casi se desmaya ahí del susto. Sin embargo, su pareja de baile, Edwin Vargas, la tranquilizó en el momento de empezar a bailar y al terminar la presentación salió del escenario llorando, pues sabía que se había equivocado en algunos pasos.

Aunque fue duro para ella acomodarse al grupo de danzas, logró participar y, de hecho, participa en eventos celebrados en ciudades de todo el país, bailando principalmente danzas del pacífico. Así, ha logrado conocer muchas partes de Colombia: Santa Marta, Barranquilla y toda la costa.

Aun teniendo el trabajo, el grupo de danzas y las clases de natación, ella decidió unirse a las caminatas ecológicas que organiza la univer-

sidad, siendo la única funcionaria que participa. Es su deseo de participar en actividades que le brinden nuevas posibilidades lo que la ha llevado a conocer lugares maravillosos del país, como la Isla Gorgona y sus especiales ballenas jorobadas durante un mes.

Gracias a todas estas actividades, empezó a conocer a más gente increíble y, lo mejor, a jóvenes estudiantes asombrosos. Aunque seguía teniendo problemas con sus compañeras por todas las actividades que realizaba, ya no le importaba lo que dijeran de ella; pues, con su experiencia, ya no lloraba ni se sentía mal, sino que, más bien, disfrutaba de todas las oportunidades que la universidad le podía ofrecer. Siguió siendo miembro del sindicato durante seis años hasta que empezó a ver cosas incorrectas y que los problemas entre los miembros eran constantes. Fue ahí cuando decidió salirse.

Ya a nivel laboral hacía aseo en el Centro Cultural, en la oficina, en el Teatro Torreón, en las salas de música, donde ha tenido la oportunidad de conocer músicos de distintas partes. Actualmente, trabaja en el Centro Cultural, en donde también se ha llenado de grandes experiencias y ha conocido gente extraordinaria. Este 27 de noviembre de 2015 cumple quince años de trabajo en la Universidad Pedagógica.

Yorman, a pesar de todo lo que ha tenido que vivir para llegar hasta donde se encuentra ahora, se siente totalmente feliz con su trabajo y no le da vergüenza decir que es “la profesional del trapero”. Además, le encanta hacer que la

universidad tenga una cara mucho más bonita y quitar ese estigma que existe sobre esta, pues le ha cambiado totalmente la vida.

Hace algunos años, cuando la Universidad estaba muy deteriorada por los grafitis, ella y otras mujeres tomaron la iniciativa de ponerla bonita. Armadas de brochas, palustres y pinturas le dieron a la universidad una manito para recuperarla del abandono.

Su vida ha cambiado totalmente para bien. Pero una situación que no la ha dejado descansar de nuevo es el estado en el que se encuentra una de sus hermanas, que tiene cáncer terminal. Esta situación la ha tenido entre el trabajo e ir a verla, ya que sus hermanos se encuentran fuera del país y ella y su madre son las únicas que están aquí para cuidarla.

Aunque muchas veces se ha visto cuestionado el trato hacia las mujeres de servicios generales, Yorman dice: “sí uno ama lo que quiere, uno transmite ese amor y las personas al sentirlo son recíprocas”. Y, aunque hayan inconvenientes de vez en cuando con los “capuchos”, el trato hacia ella siempre ha sido increíble; pues, a pesar del miedo que existe hacia ellos, ella ha logrado conversar con ellos y hacerles saber que no pueden encerrar a personas, quemar herramientas de la universidad ni forzar a la gente a través del miedo para que salgan a pelear por cosas que a ellos no les interesan.

Muchas veces el trabajo de servicios generales o del servicio doméstico no es bien valorado. Pero, para Yoyis, actualmente este trabajo se ha

ido valorando un poco más con las nuevas leyes. Esto sobre todo para las mujeres especializadas en servicios domésticos que eran tratadas anteriormente como inferiores. “Hay que quererse uno mismo. Si uno se quiere y se respeta, no importa el trabajo que uno tenga, pues, si uno se siente digno haciendo lo que hace, no hay que dejarse echar tierra de nadie”, dice.

Sus planes son seguir trabajando y viajar muchísimo. Aunque algunos de sus familiares viven en el extranjero, ella asegura que solo le gustaría ir a conocer, pues no hay nada como vivir en su Colombia querida.

Actualmente, vive en el barrio Siete de Agosto. Allí, se puede trasladar con mayor facilidad a la universidad, que es en donde, en realidad, pasa la mayor parte del tiempo, ya que no le molesta estar horas extras ni le interesa que le paguen por ellas porque lo hace con el corazón y le gusta colaborarles a los jóvenes.

Conserva una relación muy bonita con sus hijos y su esposo. A pesar de lo mucho que hacen en el día, comparten entre todos y siguen siendo muy unidos. Yoyis aprendió desde su experiencia que no hay que esperar a que siempre le den a uno cosas, sino que también hay que aprender a dar. Una cosa muy importante es aprender a ser innovador en lo que sea que se desempeñe cada persona, pues así se van cultivando pequeños éxitos.

El límite de vivir

Karen Alejandra Camacho Aldana



En 1958, nació Consuelo Forero, una mujer guerrera que ha pasado por trabajos como ama de casa y señora del aseo, que ha conocido familias e historias y ha tenido muchas experiencias. Cuando tenía cinco años, su madre la abandonó junto con sus dos hermanos, Jairo y Julio. Ellos se criaron en La Vega, Cundinamarca, al lado de su tía y sus primos.

Cuando cumplió trece años quiso emprender una nueva etapa y decidió trabajar. Su llegada a Bogotá significó un cambio radical. Al ver las pocas opciones de trabajo en el periódico, encontró la posibilidad de trabajar como muchacha del servicio en un apartamento en el barrio Los Rosales.

Al llegar, describió el lugar como si nunca hubiese conocido otro lugar más hermoso: la decoración majestuosa, el olor a limpio y la amabilidad con la que la recibieron. Así que pensó: “¿por qué no quedarme en este lugar?”. Decidió tomar el trabajo como una nueva posibilidad para comenzar otra etapa de vida y hasta hacer una carrera. Ese mismo día empezó en el apartamento, en el que vivía la madre de tres hijas y la abuela.

En las primeras semanas, todo era sencillo para ella y, por supuesto, para la familia también. Empezó a ver enton-

ces la opción de trabajar más horas extras por veinte pesos. Ya que ella no era muy recorrida y era su primer trabajo, empezó a dejarse aconsejar por la madre de las tres niñas.

Al cumplir sus quince años, seguía en el mismo trabajo. Su rutina de trabajo era levantarse a las 5:00 de la mañana, alistarse, ponerse su uniforme muy limpio, estar impecable para la madre de las niñas, hacer desayuno para la madre y las tres hijas, darles el desayuno —cada uno diferente—, alistar el uniforme del colegio, empaacar el almuerzo, sacarlas a la ruta. Después, sin tomar receso, arreglar los cuartos de todas, limpiar los baños, aspirar cada rincón y garantizar que todo el apartamento brillara como una porcelana.

Al terminar todo, tomaba un receso para almorzar y alistar el almuerzo. Esa era la parte más difícil. Si a ninguna le gustaba, tenía que volver a cocinar para todas. Siempre los regaños estaban presentes por equis o ye motivo. A veces creía que era una simple excusa para pelear y que ella era la clave del desahogo.

Así vivió y soportó por cinco años hasta cuando iba a cumplir los diecinueve años. Sin más nada, no aguantó los tratos y el mal pago del que, con el tiempo, se dio cuenta del que era objeto. Encontró un nuevo trabajo con la familia Flórez. Era otro tipo de familia, en la cual la recibieron como ella sentía que deberían tratar a una persona humilde. Y así fue como se quedó con esta familia, que estaba a punto de separarse

y que se componía de dos hijos mayores, uno de 24 y otro de 26 años, y un loro.

En el transcurso de los días, todo marchaba bien. Las labores que tenía que hacer eran una rutina normal para ella, así que no era complicado. Al cumplir los diecinueve años, ya llevaba casi un año trabajando para esta familia y no tenía ninguna queja. Pero todo cambio cuando se separaron los dueños de la casa y dividieron todo en el proceso.

Se quedó con la señora. A veces, su hijo de 26 años, que estaba terminando la carrera, no llegaba, así que no era mucha molestia para la casa ni para ella. Solo permanecía el chico de 24 años, Raúl, al que no le gustaba estudiar ni trabajar. Solo se quedaba en su habitación y podía dormir por horas. Además, era muy caprichoso, rebelde y, a veces, por su mal genio, era intolerante. Así que Consuelo lidiaba con él casi siempre. Nunca estaba a gusto con lo que ella le preparaba.

La señora tenía que salir de viaje por el trabajo por una semana, así que le encargó a Consuelo que a sus hijos no les faltara nada: todo limpio, ropa, las tres comidas. Y así fue. Una mañana de esos días, Consuelo se despertó un poco más tarde, se sentía cansada. Fue a la cocina y puso a hacer un café. En ese momento, sintió que se abrió la puerta de una de las habitaciones. Era Raúl.

El límite de vivir

Ella lo saludó cordialmente y cruzaron unas palabras, pero sintió que él la observaba más de lo normal. Su mirada hizo que ella se intimidara. La situación se repitió por dos días. Él estaba extraño con ella.

Consuelo lo presentía. Hasta que una noche él se entró a su cuarto abusivamente y se le acostó al lado tratando de seducirla. Su reacción fue gritar y no dejarse tocar, pero no se encontraba nadie más en la casa. Eso sí, no se dejó de Raúl. Como consecuencia, él la amenazó con que haría que la despidieran si le contaba a su madre.

Ante esto, decidió quedarse callada. La señora de la casa volvió y dejó que Consuelo se tomara unos días para que saludara a su familia. Ella tomó un bus y se fue a La Vega. Allí se encontró con sus hermanos y todos sus familiares.

Al llegar otra vez a donde la familia Flórez, notó aún más el cambio del chico Raúl. Él siguió insistiendo y sobrepasándose con ella. Ninguna intención era buena. Y, como ella nunca accedió, él decidió inventar que Consuelo estaba robando. La señora le creyó a su hijo y, al ver que ella ya no podía hacer nada para comprobar que nunca fue así, se fue.

Llegó a una capilla y el padre se le acercó, al verla muy triste. Ella le contó todo lo que había sucedido. Y él decidió ayudarla. De ese modo, trabajó con el padre casi toda su vida. Él murió hace tres años, así que, con sus ahorros, decidió irse a descansar a donde alguna vez fue feliz.



Leidy, una mujer de hogar

Hellen Nicolle Molina Galindo

El 8 de marzo de 1990, la señora Yaneth dio a luz a la única mujer de sus tres hijos en uno de los hospitales más populares de la ciudad de Bogotá, el Materno-Infantil. De ojos claros, abundante pelo y contextura delgada, nació Leidy, la consentida de la casa —o eso es lo que expresa su madre al preguntarle sobre su infancia—. Siempre vivió en casa de su abuela, con su madre y sus dos hermanos.

Era ese tipo de niñas que, desde pequeñas, adquieren una pequeña responsabilidad, como el cuidado de su hermano menor, mientras su madre salía a trabajar. En su primaria, fue una niña muy dedicada al estudio; a diferencia del bachillerato, cuando conoció a su primer y único amor, a la edad de quince años. Era una joven rebelde, eso cuenta su abuela. Le gustaba salir mucho con su novio y se enamoró de una forma como actualmente nadie lo hace, dice también su abuela.

Cuando el despertador marca las 5:30 de la mañana, en una pequeña casa ubicada en el barrio San Cristóbal Sur, comienza la rutina diaria de Leidy, una joven de veinticinco años, madre de una pequeña niña de diez meses y esposa de un joven de veinticinco.



Leidy, una mujer de hogar

Todo comienza cuando Leidy se encarga de atender y despachar a su esposo, que sale para su empleo como conductor. Y el resto del día se dedica atender a su bebé y a organizar su casa. Es una vida muy rutinaria, pero ella no expresa ninguna inconformidad con esto. Por el contrario, muestra felicidad y dice que ama ver que está viviendo cada etapa de la vida de su pequeña. Ella terminó sus estudios como bachiller, pero no ha seguido estudiando en ningún tipo de institución de formación superior. Se ha dedicado a formar una familia con su novio, al que conoció en el colegio, una historia que es más común de lo que parece en este país.

A Leidy le gusta la música, pero nunca ha asistido a un concierto de su cantante favorito. Le gusta degustar cosas nuevas, pero asiste a los tres asaderos más comunes del barrio en el que vive. El teatro también le llama la atención, pero nunca ha tenido la oportunidad de asistir a una obra. Ella, como otras mujeres, está dedicada en su totalidad al hogar, y casi no tienen oportunidad de asistir alguna actividad cultural.

La dedicación, constancia y amor por su familia es lo que mejor sabe brindar esta joven. Eso es lo que dice la gente que la conoce. Esta mujer de tan solo veinticinco años cuenta cómo Sofía, su hija, es su adoración.

Dice que, cuando era más joven y cuando por su mente no se cruzaba ni la idea de ser mamá, no imaginaba cómo una persona podría llegar a cambiarle totalmente el pensamiento: “Siempre quise estudiar y trabajar, para no depender de mi marido. Aunque lo amo, siempre quise ser una mujer independiente. Pero ahora amo ser una mujer de hogar y dedicar mi tiempo por completo a mi pequeña”.

Sofía, es, en estricto sentido, la tercera hija de Leidy. Ella perdió dos bebés. A la edad de quince años quedó embarazada, pero perdió el bebé porque su cuerpo no estaba totalmente desarrollado, y los médicos tuvieron que practicarle un legrado cuando tenía tan solo tres meses de gestación.

Tres meses después de graduarse de bachiller académico del Colegio Distrital los Alpes, decidió irse a vivir con su novio, a la casa de su suegra. Allí, ya empezó a fungir de esposa: tenía que tenerle alimentación a su marido e ir a laborar en un puesto de ventas en el Centro Comercial Mazurén.

A los veinticuatro años, se dio cuenta de que estaba sufriendo un retraso de su menstruación, pero no le dio importancia alguna. Luego de dos meses sin el periodo menstrual, este le llegó muy fuerte y su médico le informó que había perdido su segundo bebé sin darse cuenta.

Fue una etapa muy dolorosa para Leidy. Pero, luego de seis meses de sufrir la pérdida de

su bebé, ella y su esposo decidieron ser padres por tercera vez. Así fue como su pequeña Sofi vino al mundo a darle otro sentido a la vida de Leidy. Eso es lo que dice esta joven, a la que, cada vez que habla de su chiquita, se le nota el amor y la profunda dedicación hacia ella.

Una casa, un carro y un empleo es lo que quiere y anhela materialmente para su futuro. Pero la salud, la unión y el amor para su familia es por lo que lucha a diario Leidy. Mucha gente del barrio en el que vive y algunos de los integrantes de su familia le dicen que ella está muy joven para estar completamente dedicada a su familia. Ellos le aconsejan que siga sus estudios para que le pueda ofrecer un mejor futuro a su pequeña, que tanto ama.



Traperos, escobas y unas cuantas humillaciones...

David Mauricio Cárdenas Suárez

Leila Romero Preciado fue la penúltima de diez hijos, criados por un padre agricultor y una madre que vendía alimentos. Aunque ambos eran muy trabajadores, nunca les alcanzó la plata para darles a sus hijos todo lo que necesitaban. En 1975, cuando Leila tenía nueve años, su mamá la envió desde Manizales a la casa de su hermana mayor en Medellín, con la intención de que a esa temprana edad empezara a trabajar.

A su hermana le pareció que aún estaba muy niña para desempeñarse en un oficio tan duro. Por eso, la dejó en su casa mientras crecía. A los doce años, consiguió su primer trabajo como empleada en una residencia del municipio de Bello, empleo al que pronto renunció porque su “patrona” no le dio permiso para estudiar los sábados.

A los dieciséis años, empezó a trabajar como empleada doméstica en una casa en la que sí le concedieron el permiso para llevar a cabo sus estudios. Pero, como algo que no pudo evitar, se le atravesó el amor y decidió dejar el colegio.



Desde entonces, no paró de barrer, limpiar, cocinar, lavar y planchar en varias casas de familia, en las que, en repetidas ocasiones, tuvo la sensación y el temor de ser discriminada o menospreciada.

Recuerda que, una vez, trabajó en una casa junto con otra empleada, una niña mestiza a quien le prodigaban un trato diferente al que le daban a ella. Y a eso se suma la ingratitud. Muchas empleadas del servicio doméstico pasan días enteros trabajando y nunca reciben un agradecimiento o un gesto amable.

Afirma Leila:

“De diez patrones habría dos que piensan que nosotras realizamos un trabajo digno, que merecemos respeto y buenas condiciones. Recuerdo que, en una casa donde trabajé, nunca me dijeron ‘buenos días’, ‘buenas tardes’, ‘gracias’, ni me preguntaron cómo estaba. Yo, en cambio, sí saludaba, pero la respuesta era una mirada extraña, por encima del hombro. Al parecer les molestaba tratarme como una persona común y corriente”.

“El servicio doméstico, en especial para la trabajadora interna, representa la máxima expropiación del tiempo, se sacrifica su vida personal y privada. En general, es una reclusión dentro de las cuatro paredes que forman el hogar, el trabajo es aislado de otras trabajadoras del gremio y del resto de la fuerza laboral. Este aislamiento no es solo laboral, sino que va acompañado de soledad, carencias afectivas y

emocionales. Su reclusión las expone al maltrato físico, a la violencia y al acoso sexual, así como a inestabilidad en las relaciones de pareja. La disponibilidad de la persona, junto con la elasticidad de las tareas, es herencia del rol femenino e incluye elementos de sacrificio y abnegación”.

“Es muy duro cuando uno es humillado y le dan trato casi que de esclava, como me ocurrió en otra casa en la que trabajé, donde me separaban el plato, el vaso y la cuchara”.

En su llegada a la ciudad de Bogotá, cuenta que, en una casa de familia, tenía que trabajar de 7:00 de la mañana a 6:00 de la tarde, sin descanso, pues debía hacer aseo general; lo que implicaba lavar tres baños, limpiar ventanales, planchar, barrer, trapear, sacudir, asear la nevera, lavar y planchar ropa, todo en un mismo día.

En otra casa tuvo que acostumbrarse a levantarse a las 4:00 de la mañana y pasarse el día entero pendiente del servicio, porque cada miembro de la familia llegaba a una hora diferente a desayunar, a almorzar y cenar, y cada uno pedía que le prepararan algo diferente.

“Uno aguanta por la necesidad, pero llega un momento en que dice: ¡ya no más!”, dice.

Frente a los tratos denigrantes que sufren estas mujeres se suma la ausen-

cia de garantías laborales y la vulneración de sus derechos. Leila reconoce no ser una persona que se interesa por asuntos que sean ajenos a su vida. Pero conoce la historia de algunas conocidas y amigas que nunca gozaron de seguridad social ni del pago de horas extras, como tampoco de un salario mínimo legal.

Trabajaban por lo que les ofrecieran los dueños de la casa, y muchos de ellos no respetaban el acuerdo que hacían antes de empezar labores. “El pago queda a criterio de los patrones. Hay unos que no le pagan a uno en las fechas pactadas, o le reducen el salario con argumentos como que en determinado mes casi no hubo trabajo, o que uno es muy eficiente y se desocupa rápido”, asegura Leila.

Se considera una persona bastante religiosa y muy reflexiva. Y todo el tiempo está pensando en que un trabajo así solo sirve para el día a día, pero no para llegar a la vejez, porque la gran mayoría de estas mujeres no tiene asegurado el derecho a una vejez digna: deben sufrir las consecuencias de que sus patrones nunca aportaron para una pensión. Curiosamente, al relatar su historia de vida, Leila casi siempre trae a colación un testimonio por el que sienten gran preocupación, y en ocasiones gran cercanía e identificación.

Y, si de testimonios se trata, cuando le pregunto por el contacto de sus familiares y amigos responde que es muy reducido. Tuvo su primer hijo a la edad de treinta y un años, ante la presión de su esposo para conformar una familia. Dadas las dificultades a las que se enfrentaba en los trabajos que conseguía, su esposo quiso asumir todas las responsabilidades del hogar. Pero ella siempre tuvo muy presente la idea de colaborar y de salir adelante sintiéndose útil, con un empleo que le permitiera aportar económicamente para los gastos.

Su actual jefe, David Aldana, la describe como una persona bastante activa, a la que le encanta asumir retos de manera muy perfeccionista. Es ordenada y quiere que todo a su alrededor se encuentre de igual forma. Es muy atenta con los familiares de las personas para las que trabaja. Muchos de ellos coinciden en que es una gran cocinera y disfrutan cada plato que cocina para ellos.

Laura Sepúlveda Romero, su hija, que está próxima a cumplir la mayoría de edad, siente que su madre es una gran luchadora y en cada aspecto de su vida quiere parecerse a ella, por la persistencia, disciplina, orden y entrega. Tiene muy claro que desea retribuir en gran parte todo lo que le ha dado, a través de arduos trabajos y largas jornadas que, desafortunadamente, no les permitían pasar mucho tiempo juntas.

Guillermo Sepúlveda Reyes es consciente de que a su esposa no le ha tocado nada fácil. Por el contrario, ha tenido que enfrentarse a muchas experiencias no tan agradables que, no obstante, sin duda alguna, la han hecho cada vez más fuerte.

Él es quien la acompaña en todo momento y la aconseja cuando las cosas no están del todo bien. A pesar de que no están casados, viven en unión libre y no descartan la posibilidad de tener una ceremonia y poder formalizar su compromiso. Se apoyan el uno al otro para poder sacar a su hija adelante, pues esperan que no tenga que vivir situaciones tan críticas. Por eso, luchan a diario para poder pagar sus estudios universitarios y para que así ella pueda ser una profesional.



Luz Marina, el amor mueve montañas

Laura Camila Molina Roa

Esta es la historia de una mujer golpeada por la vida, pero que aun así sigue adelante.

Ella era una niña llamada Luz Marina Sosa Molina. Nació en el corregimiento de Macanal, en el seno de una familia muy pobre y muy numerosa. Fue la hija número quince de su madre, la señora Blanca Sosa.

Su infancia fue muy dura, ya que, por la escasez de dinero, no tenían nada, solo lo que el campo les pudiera ofrecer para comer. A medida que sus hermanos crecieron, fueron saliendo de allí en busca de nuevas oportunidades. Ella, por ser la menor, se quedó con su madre colaborándole en los trabajos de la finca.

A la edad de ocho años fue trasladada a la ciudad de Bogotá, a trabajar con su madrina. Le colaboraba con los quehaceres de la casa y cuidando niños. Desde ahí inició su vida en esta labor tan dura y tan desagradecida.

Vivió once años en la casa de su madrina cumpliendo con su labor, soportando los malos tratos de “su patrón”, cuidando niños y haciendo lo que le pidieran. Fue privada de su libertad, pues no le permitían salir y tampoco asistió al colegio.



Al cumplir la mayoría de edad, decidió marcharse de la casa, ya que su vida era esclavizadora. En ese tiempo, conoció a una mujer a quien ella llama “su ángel”, pues le dio posada y le consiguió un trabajo en una carnicería. Fue entonces cuando comenzó una nueva vida.

En el transcurso del tiempo, conoció al “amor de su vida”, un joven llamado Arbey Cubides que trabajaba en una ferretería cerca de donde vivía ella. Con el paso del tiempo, construyeron una relación y decidieron vivir juntos. Así pasaron unos cuantos años. Ella tuvo su primer hijo y de nuevo empezó a dedicarse a los quehaceres de la casa. Pero, para ella, ya era distinto, pues lo hacía con amor y por su familia.

Por la difícil situación en la ciudad de Bogotá, decidieron marcharse para un pueblo, en el departamento de Casanare (Tauramena), pues de allí provenía Arbey.

Las cosas no fueron fáciles. Empezaron de nuevo radicándose en la casa de los padres de Arbey. Él empezó a conducir un taxi y Luz Marina se ocupaba de las labores de la casa. Así pasó el tiempo y ella olvidó su tormentoso pasado.

Cuando su primer hijo ya tenía cinco años, un embarazo inesperado la sorprendió. No fue la mejor noticia, pues ella no estaba preparada y no estaban pasando por la mejor situación. Pero, aun así, ella afirma que “ha sido una bendición en su vida”.

Su embarazo fue de alto riesgo. Aun así, ella empezó a trabajar como empleada de servicio para reunir el dinero suficiente para su próximo hijo. No tuvo precauciones ni los cuidados necesarios y, a los cinco meses de embarazo, el bebé fue diagnosticado con síndrome de Down. Pero ella no lo tuvo en cuenta, ya que no sabía de qué se trataba y su esposo tampoco.

El tiempo pasó. Ella estuvo dedicada a su trabajo, su casa y su hijo. Su esposo manejaba un taxi. Pero el dinero no era suficiente para cubrir todos los gastos. Tenían muchas deudas, no les alcanzaba la plata y eso era motivo de angustia para los dos. Sin embargo, siempre fueron una familia muy unida, ya que Marina no tenía a nadie más que a su esposo y a sus hijos. Y Arbey tenía familia, pero no lo apoyaba.

El día del nacimiento llegó y fue una linda niña, con muchas complicaciones por su síndrome. Pero, para ellos, eso era algo desconocido. Pensaron que era algo normal. Cuando los médicos les explicaron con detalles las complicaciones y los cuidados que debían tener, se dieron cuenta de la magnitud del asunto, pero, aun así, amaron a su pequeña.

Al volver a casa, las cosas empeoraron. Esta no estaba en las condiciones necesarias para que la bebé pudiera estar bien. La falta de dinero, las deu-

Luz Marina, el amor mueve montañas

das, y los compromisos se adueñaron de ellos. Un día, cuando todo parecía estar bien, una fuerte noticia que ella nunca esperó derrumbó su mundo y todo lo que había construido: su esposo, lleno de cargas, presionado e invadido por miles de problemas, se suicidó y la dejó así a ella viuda y con la suerte por delante, madre de dos pequeños.

Desde ese momento, su vida cambió. No tiene a nadie más que a sus hijos, y las cargas y las deudas quedaron. Ella, impotente, no ha podido trabajar para solventar la situación. La condición de su hija no le permite trabajar. La familia de su esposo la ha apoyado, pero no completamente. Ha tenido una situación muy difícil. Ha conseguido algunos trabajos, pero estos no le permiten tener a su hija, y ella no puede dejarla sola debido a que sus cuidados son especiales.

Hasta el momento, su historia no ha cambiado. Hace trabajos de medio tiempo, y está a la espera de un subsidio de vivienda para poder tener una vida digna. Recibe ayudas de las personas que conocemos su historia.

En situaciones como estas, solo queda la esperanza teñida de resignación. Pero, como dice Luz Marina: “El amor mueve montañas y yo seguiré luchando por mis hijos, ya que tengo el mejor de los ángeles en el cielo”. Así son sus días, que transcurren entre el trajín, la dificultad y el deseo de que un día cambie su suerte.



Las piedras del camino

Carol Vivian Bernal Quintana

Magdalena Quintana es una mujer que trabaja como empleada doméstica en la casa de su propia hermana, Martha Lucía Quintana. Es una mujer de 47 años que trabaja desde que tiene memoria. Desde pequeña tuvo una vida llena de complejos. Con cinco hermanos más tuvo que salir adelante. Cursó su primaria gracias a su madre, que trabajaba arduamente para poderles dar un estudio a sus seis hijos.

A los nueve años, Magdalena ya trabajaba con su padre en una zapatería. Arreglaba todo tipo de zapatos y, aparte de esto, seguía estudiando su primaria. Trabajó con su padre por casi cuatro años. A los quince años, comenzó a trabajar en una frutería y dejó sus estudios. Quedó en noveno grado de primaria, pero solo porque su madre ya no tenía más dinero para poder pagar la colegiatura de sus seis hijos. En esa frutería trabajó hasta los diecinueve años, que estaba localizada en el barrio Las Ferias, en Bogotá.

Ayudaba a su madre, hasta que comenzó a tener bastantes problemas con su padre, lo que hizo que Magdalena se fuera de su casa. Una compañera de la frutería le dio estadía por casi



dos años, hasta que su hermana Adriana conoció a Jesús, su actual esposo, que se las llevó a Ecuador a vivir.

Allí conoció a Jordán, un hombre, en esa época, de 26 años. Se enamoró de él y, de este amor, nació Cristian Camilo Quintana, que, en la actualidad, tiene veinticinco años. Magdalena quedó embarazada con tan solo veinte años. Pero Jordán nunca respondió por Cristian Camilo. Así que ella decidió devolverse a Colombia a buscar trabajo aquí y poder salir adelante con su hijo.

Apenas llegó a Colombia, consiguió un trabajo en una lavandería del centro de la ciudad. Laboró allí hasta los veintitrés años. Un miércoles, por lo que ella cuenta, conoció a Leonardo, un hombre de treinta y dos años de quien se enamoró perdidamente. Leonardo vivía en Bucaramanga, así que ella cogió cada una de sus pertenencias y se fue a vivir con él a esa ciudad.

Allí, se casó por la iglesia y tuvo a Jimena Alexandra López, una niña que ahora tiene veintidós años. Las cosas con Leonardo no funcionaron de la mejor manera. La situación económica no era la mejor para ellos dos y Leonardo era un hombre muy perezoso, a quien no le gustaba trabajar. Por eso, Magdalena tomó la decisión de dejarlo y de volver a Bogotá, a donde sus hermanas, con sus dos hijos.

Ya con treinta años de edad, Magdalena llegó a Bogotá en busca de un trabajo estable. Lo consiguió en una farmacia, como asistente. Allí, laboró por casi diez años, pero, a la edad de treinta y cinco años, conoció a Jessy, un muchacho que en esa época tenía veintidós años.

Jessy vivía en Soacha, y Magdalena, en ese momento, se encontraba con sus hermanas en un barrio de Bogotá llamado La Felicidad. Se empezaron a conocer y entablaron una relación. Ella decidió irse a vivir con él a Soacha y volvió a quedar embarazada. Así, tuvo a María José, una niña que ahora tiene catorce años.

Al parecer, al principio, Jessy era muy buen hombre, responsable con absolutamente todo en las cosas de la casa. Pero una noche, cuenta la señora Magdalena, llegó ebrio a la casa y la cogió a golpes a ella y a sus tres hijos. Esta situación empezó a presentarse frecuentemente, se le volvió costumbre. Ya no era responsable y todo el sueldo que se ganaba siendo celador del Bienestar Infantil se lo gastaba en alcohol. Ella estaba segura de que también se lo gastaba en mujeres.

Esto duró un largo tiempo. Ella seguía trabajando en la farmacia hasta que tuvo la valentía de denunciarlo. Fue la única manera de “librarse” de él, por así decirlo, ya que ella siguió viendo con él después de todo lo que pasó.

En la actualidad, Jessy ya es otra persona. Siguen teniendo problemas por todo el rencor que Magdalena le tiene. Pero juntos sacaron

una vivienda propia, siguen viviendo en Soacha y Magdalena empezó a trabajar como empleada doméstica, en la casa de su hermana, quien le dio trabajo al ver la situación por la que estaba pasando.

Magdalena no alcanzó a terminar sus estudios ni tampoco tiene una carrera profesional. Aunque ella sueña con hacerlo, teniendo ya cuarenta y siete años de edad, dice que es muy complicado, por tantas responsabilidades que tiene.

A pesar de que Jimena viva con su papá en Bucaramanga, y él le proporcione absolutamente todo. Magdalena sigue teniendo el gran peso de una niña de catorce años y el de Cris-

tian Camilo, pues él es un niño que es totalmente diferente a los demás, tiene un problema en su cuerpo.

Magdalena trabaja ahora de 6:30 de la mañana a 5:30 de la tarde. Es empleada doméstica y recibe todos los beneficios que cualquier persona debería recibir. Tiene muchos sueños por los cuales quiere seguir luchando. Es una mujer fuerte, aunque una a la que la vida ha golpeado varias veces. Pero ella misma no se ha dejado derrotar.

“No se trata de caer cada vez que la vida te patear. Se trata de ser capaz de seguir y levantarte, por más fuerte que te golpee”, dice.



El cielo de Chelito

Alejandra Arenas Perdomo



Esta historia de vida la protagoniza Consuelo Álvarez. Ella tiene 52 años, de los cuales lleva 33 laborando en casas de familias capitalinas. Chelito, como la llaman sus jefes, llegó a Bogotá hace 38 años, cuando solo era una preadolescente, y dejó atrás su pueblo natal, La Virginia (Risaralda).

Como típica familia paisa, sus padres le inculcaron desde pequeña el trabajo duro y el esfuerzo por tener una vida digna, con poco pero honesta. La vida en La Virginia no estaba siendo nada fácil, poco empleo y mucha necesidad.

Por eso, decidieron mudarse a la capital, que era sinónimo, para ese entonces, de progreso. No contaban con que la situación en Bogotá no sería nada opuesta a la situación de la que ellos venían huyendo. Se enfrentaron a una ciudad fría, enorme y con demasiados afanes, poco cálida y no acogedora.

Atravesaron necesidades, más de las que habían dejado atrás, pues estaban solos y en una ciudad que no conocían, sin su gente, sin su familia. Se hospedaron en una pieza en el centro de la ciudad, en donde pagaban 25 000 pesos la noche.

Pese a la necesidad y a la falta de dinero, el padre de Chelito se desempeñó como lustrador; su madre, como ven-

dedora ambulante; y ella hacía el aseo en una casa de una conocida de su mamá, con tan solo catorce años. “Yo lavaba, planchaba, hacía de comer y hasta satisfacía las necesidades de don Roberto, mi jefe”.

Consuelo trabajó en esa casa durante cuatro años, hasta cumplir los dieciocho. Era una pesadilla amanecer y permanecer bajo el mismo techo con Roberto. Su jefe abusó de ella desde transcurrido un mes de estar laborando allí hasta el día en que finalmente pudo retirarse. Por temor, no les dijo nada a sus padres ni, mucho menos, a la señora Ema, esposa de Roberto, pues temía quedarse sin trabajo.

La situación fue mejorando un poco más. Chelito no terminó sus estudios y se dedicó a trabajar y a ayudar a su madre, que sufrió quebrantos de salud luego de que su padre falleciera.

La señora Ema no permanecía en la casa. Pero, cada vez que llegaba, revisaba que Consuelo hubiera cumplido con los quehaceres de la casa, que los pantalones de su esposo tuvieran el preñe perfectamente planchado y que estuviera la comida que ella había ordenado desde la noche anterior. Le descontaban dinero si rompía un plato o un vaso o si se perdía un cubierto. No tenía permiso de salir entre semana. Los domingos le daban algunas horas para visitar a su mamá. No le permitían amistades de ningún tipo ni visitas de nadie.

Finalmente, cumplió su mayoría de edad y conoció en un supermercado a la señora Nancy, a quien describe como un ángel de la guarda. Le ofreció alternativas y nuevas oportunidades y le hizo ver que en su trabajo estaban vulnerando sus derechos, que estaban pasando por encima de su dignidad y que no estaban valorando en lo absoluto su trabajo.



Blanca lo ha dado todo por sus hijos

María Alejandra Spadei Garcés

Desde muy pequeña, Blanca Rojas tuvo que abandonar sus estudios para ayudar a sus padres con el sostenimiento económico del hogar. Ella es una mujer fuerte, de sesenta años, que nació en un pueblo de Cundinamarca llamado Pasuncha.

Su madre, María Luisa luchó cada segundo por ella, después de que su padre biológico las abandonara en medio de una crisis económica. Dos años después, doña María conoció a don Otoniel Casallas, que se encargó como padre de la crianza de Blanca. Él trajo a vivir a la pequeña Blanca y a su madre a Bogotá.

Una vez que llegaron a la gran ciudad, consiguieron un lote de vivienda en Alquería La Fragua, en el suroccidente, más exactamente en la localidad de Kennedy. Allí, con sus propias manos, empezaron a poner ladrillo tras ladrillo para construir lo que poco a poco se convertía en su hogar.

Con el paso del tiempo y la convivencia, era inevitable que la familia creciera, así empezaron a llegar los hermanos de doña Blanca. El primero en llegar, el primogénito de don Otoniel, fue Henry Casallas, quien, después de



una vida difícil, fue asesinado cuando solo tenía veintitrés años en circunstancias ajenas a doña Blanca

Henry se había casado con una mujer caleña y, en su paso por la vida, dejó tres hijos reconocidos: Carol (quien en la actualidad tiene una hija de cinco años, vive con su madre en Cali y es la sobrina mayor de doña Blanca); Henry (junior), llamado así en honor a su padre (que no ha tenido tampoco una vida muy exitosa, pues a sus veintitrés años no ha culminado sus estudios de básica primaria y vive en Bogotá en la localidad de Ciudad Bolívar con la hija menor de doña Blanca); y Mauricio (un hijo que fue concebido fuera del matrimonio y que ha estado en la cárcel por microtráfico de drogas).

Cuando el primer piso de la casa de la familia Casallas Rojas estaba casi por terminarse y doña Blanca tenía solo siete años, llegó su primera hermana, Cristina Casallas. Ella, con el paso de los años, se convertiría en la adoración de su padre.

Actualmente, ella labora en el área de confección como satélite. Se casó muy joven con un hombre irresponsable pero que ella ama. De este matrimonio nacieron los segundos sobrinos de doña Blanca: Milena y Harby García Casallas, quienes, en la actualidad, cursan estudios profesionales y tecnológicos.

Milena, la mayor por cinco años, tuvo un hijo cuando tenía dieciocho años que nació con un extraño síndrome, por lo cual se convirtió

en una parte fundamental de la familia de doña Blanca. Harby, de 22 años, no ha tenido hijos y es un joven emprendedor al que le va excelente en sus estudios.

La economía familiar empezaba a decaer con la llegada de los nuevos integrantes, que provocaban gastos adicionales. Pero Cristina no sería la última de las integrantes de la ya extensa familia. Cuando nuestra protagonista tenía diez años, doña María tuvo la sorpresa de encontrarse de nuevo en gestación y, de nuevo, una niña llegó al hogar: Yolanda.

Hoy en día, Yolanda vive aún en aquella casa construida con sacrificio al lado de su madre. Yolanda tuvo una hija llamada Jennifer, que se casó y tuvo un hijo llamado Johan. Ellos se fueron a vivir a Estados Unidos en busca de una mejor calidad de vida. Yolanda se ha casado dos veces y vive ahora con su segundo esposo en compañía de su madre.

La situación económica de don Otoniel y doña María Luisa empeoraba cada día. Ella se dedicaba a las labores del hogar y a cuidar a los niños. Él, por su parte, se rebuscaba la vida en la plaza de mercado como conductor. Pero, aun así, sus ingresos no alcanzaban para cubrir los gastos. Por esa razón, doña Blanca empezó a trabajar en la plaza de mercado junto con su padre, cuando tenía diez años. En las tardes iba al colegio, en donde cursaba séptimo de bachillerato.

Blanca lo ha dado todo por sus hijos

En medio de la crisis que pasaban, llegaría a la familia el menor de los hermanos Casallas Rojas. Para fortuna de sus padres, porque lo esperaban con ansias, fue un niño al que llamaron Jairo. En la actualidad, él trabaja en una reconocida empresa de medicamentos en el área administrativa. Se casó con una señora cuya actitud es desagradable y con ella ha tenido dos hijos, Santiago y Luisa, quien fue llamada así en honor a la mamá de doña Blanca.

La vida de doña Blanca transcurrió entre la plaza y el colegio. Pero, cuando estaba en noveno de bachillerato, se vio obligada a abandonar sus estudios para siempre. Se dedicó a trabajar en la plaza de mercado de tiempo completo. Allí, se enamoró por primera vez, cuando tenía solo quince años.

Debido a su inexperiencia e inocencia, quedó en estado de embarazo. Cuando sus padres se enteraron de la situación, fueron a la plaza de mercado a ver quién era el padre del bebé. Pero, para sorpresa de don Otoniel, le dijeron que el personaje, del que no quisieron revelar el nombre, había huido a Antioquia, para no responder por el bebé ni por doña Blanca.

El fruto de este embarazo fue la primera hija de doña Blanca. Ella la llamo Sandra y creció junto con su

madre y sus abuelos. Ella misma, con el paso de los años, repetiría la historia de su madre: quedó embarazada a muy temprana edad de un hombre que no reconoció a su hija, Daniela. Asimismo, el nombre del padre de Daniela tampoco le fue revelado a la familia y hasta el día de hoy se desconoce su identidad.

La pequeña Daniela nació prematura, pero sobrevivió sin ningún tipo de consecuencia negativa para su vida. Actualmente, tiene diecisiete años y está en el colegio. Por ser la mayor de sus nietas, ha sido la nieta preferida de doña Blanca, aunque ella no lo dice directamente, por estar en presencia de sus otros nietos. Pero, por la forma como habla de ella, como la mira y la consiente, es fácil determinar que ella es la nieta que más ha ocupado espacio en su corazón.

La mayor de sus hijas se casó con un buen señor, que acogió a Daniela como a su hija. En este momento, Sandra, después de diecisiete años, se encuentra en estado de gestación y reza porque sea un niño.

Doña Blanca, con dieciséis años, ya había dado a luz a su primera hija y se empleó en el servicio doméstico. En este duró poco trabajando, pues, cuando menos lo pensaba, estaba dando a luz a su segunda hija, Angie. En este caso, la historia de su padre también se repitió. Solo que en esta oportunidad ella no quiso decir nunca quien era el padre de la pequeña. Y, cuando se le pregunta por eso, prefiere cambiar el tema con una risa estruendosa.

Angie reside en el país vecino, estudió derecho y, para tratar de sobrellevar la dictadura bolivariana, se casó con un venezolano y tiene un hijo de ocho años. Cada diciembre, doña Blanca, va a visitar a su hija, aunque, en ocasiones, es ella quien la sorprende con su regreso al país.

Después de haber tenido dos hijas, doña Blanca trató de ser independiente. Por eso, reunió un capital económico que invirtió en comida (como aguacates, tomates, plátanos, guayaba) y víveres de la canasta familiar que vendía y transportaba en una carreta por barrios populares de Bogotá y los domingos se paraba en una esquina en la plaza.

El carrito le dio para vivir de manera decente mientras duró. Con esto, nació lo que ella llama uno de sus grandes fracasos, pues, en una redada policial, su carreta y medio de trabajo fue destruida con el mercado con el que ella comercializaba los oficiales le pisotearon los víveres y en cada pisada ella se imaginaba la cara de sus hijas pidiendo el sustento diario que ella ya no les podía brindar.

Tras llorar mucho, fue a pedirles ayuda a sus padres. Pero la situación no era mejor para ellos. Henry ya estaba metido en malos pasos en el barrio y estaba en la cárcel. Además, por culpa de él, habían metido a la cárcel también a Jairo, que, tras la enfermedad de su padre, se había encargado de ayudar con el sustento familiar. Por esa razón, doña Blanca se volvió a emplear en la plaza de mercado, limpiando y ayudando en los puestos

a picar frutas para hacer paqueticos de 500 pesos.

Trabajando en la plaza, conoció a Jaime, que la empleó de tiempo completo en su puesto de frutas y le pagaba por limpiar los pisos, estanterías y frutas. Pero, con el tiempo, Jaime fue mostrando sus verdaderas intenciones con doña Blanca. Él estaba enamorado de ella y, a pesar de ser un poco mayor, decidió proponerle que se fueran a vivir juntos a la casa que él tenía en el barrio Canteras, en la zona montañosa de Ciudad Bolívar. Allí residen actualmente, pues ella se mudó sin pensarlo mucho: era eso o quedarse en la calle con sus dos hijas.

Como si la vida de doña Blanca estuviera destinada a las tristezas, su padre falleció dos años después de que asesinaran a su hermano. Ella lo recuerda con mucho dolor, pues, a pesar de no ser su padre biológico, el luchó por ella y la ayudó en lo que pudo. La vida de don Otoniel llegó a su fin y su nueva unión le traía muchos dolores emocionales y físicos, pues, aunque no le faltó un plato de comida a sus hijas y a ella, Jaime la golpeaba sin piedad cada vez que llegaba borracho, y tomaba casi todos los días.

A pesar de ser un señor desagradable, doña Blanca quedó pronto embarazada de él y nació Jeimy, quien, en la actualidad, tiene dos hijas con su compañero permanente. Con él compró una casa y una moto y viven juntos desde hace seis años, edad que tiene la mayor de

Blanca lo ha dado todo por sus hijos

sus hijas. Hace pocos días se enteraron de que esperan un tercer bebé.

Con el nacimiento de Jeimy, Jaime trató de ser más condescendiente con doña Blanca. Pero, cuando se tomaba unos traguitos de más, las cosas no eran fáciles. Ella trataba de seguirle la cuerda, pero él la golpeaba aun estando en embarazo.

No obstante todas las complicaciones, su embarazo llegó a feliz término. Pasaron los años, Jeimy creció y doña Blanca decidió emplearse como señora de servicio doméstico en una casa de familia: con lo que Jaime recogía en la plaza, era suficiente para el sostenimiento efectivo del hogar; pero más de la mitad de ese dinero no llegaba a la casa, pues se quedaba en todas las cantinas del barrio.

Con sus tres hijas convertidas en unas adultas, ella pensó en descansar y renunciar a la casa en donde trabajaba. Pero una noticia cambió el destino y la vida de doña Blanca: a sus 48 años, un examen médico de rutina detectó que un nuevo bebé se desarrollaba en su vientre.

Para la sorpresa de todos, nació Miguel Ángel, el hijo menor de doña Blanca y Jaime. Así, cuando le celebraban su fiesta de cumpleaños número 50, se encontraba con un niño que estaba tratando de dejar sus brazos para caminar por sí mismo.

A pesar de las dificultades por las que ha pasado doña Blanca, ella es una señora muy amable, atenta, con una risa contagiosa. Es una mujer divertida y, sin duda, muy fuerte. Sus hijos, con lágrimas en los ojos, la describen como una guerrera que ha peleado sus mejores batallas por ellos. Sus hijas la admiran y, como ya tienen hijos y saben lo que es no tener el dinero suficiente para suplir sus necesidades, dan gracias a Dios por haberles dado una mamá que lo da todo por ellos.

Ella les abre las puertas de su casa y de su corazón a las personas que se le acercan. Es amable y siempre usa diminutivos, como “mamita”, “mijita”, “sumercé”. Actualmente, reside en la casa en que la recibió su esposo Jaime hace veinticinco años, al lado de su hijo menor, que ya tiene once años y con quien juega, monta en cicla y le saca un tiempito para llevarlo a la escuela de fútbol del barrio.

Siempre está acompañada de sus nietas, Daniela, Mariana y Sofía, y les reclama a sus hijas que los bebés que vienen en camino deben ser unos niños.

Trabaja en casas de familia por días. Y, cuando no trabaja, les dedica todo el tiempo a su hijo menor y a sus nietas, a quienes recoge del colegio y cría como propias. Comparte su hogar con Jaime, quien sigue siendo un alcohólico. No es feliz con él, pero sí con sus nietos y con la ayuda que les brinda a sus hijos y nietas.

Odilia vive gracias a una fundación

Wilmer Arley Leguizamón Landínez

Uno de los principales problemas de nuestro país son las personas que tienen que salir como desplazados de su lugar de nacimiento. Es ahí cuando nos ponemos a pensar en qué tanto afecta esto a una persona o a una mujer que, después de tenerlo todo, llega a la ciudad de Bogotá a vivir donde le coja la noche.

Esta es la historia de una mujer de 75 años que vive bajo los auspicios de la fundación El Señor de los Milagros. Llegó a la ciudad de Bogotá hace aproximadamente unos ocho años, proveniente de Capitanejo, Santander, el pueblo que la vio nacer. Su paso por esta ciudad no ha sido el mejor, ya que le ha tocado vivir experiencias que solo mujeres como ellas tienen que soportar para poder sobrevivir.

Sus padres murieron a muy temprana edad y sus hermanos la abandonaron por problemas familiares. No tuvo una familia en la que pudiera encajar, ya que con los hombres que se juntaba no podía tener hijos por problemas de salud. Entonces, con el paso del tiempo, se fue quedando sola.



Odilia vive gracias a una fundación

Vivía en un rancho en el que lo único que llegaba era la guerrilla a pedirle una cuota para que ella pudiera estar en ese pueblo. Su estabilidad económica dependía de manillas y de hacer tamales cada ocho días para los habitantes del pueblo, específicamente para el día de plaza, que era los domingos. Cuenta que hacía entre 70 y 120 tamales, con la ayuda de unas empleadas. Se levantaba a las 3:00 de la mañana para poder organizar todo y vender aproximadamente hasta las 8:00 o 9:00 de la mañana.

Con el tiempo, fue entendiendo que ya no era la misma persona joven y que empezaba a tener problemas de salud, específicamente problemas de rodilla. Es entonces cuando su vida empezó a convertirse en un rosario de problemas y dio un giro que determinaría su llegada a la ciudad de Bogotá.

Era un 10 de abril de 2006. Los problemas en el pueblo empezaban a tener un desarrollo de tal gravedad que podrían amanecer muertos en el parque del pueblo sin que nadie pudiera decir nada. Era la guerrilla la que era responsable de esta actividad.

Para ella, era muy frustrante saber que no tenía la solución a este problema, que la única solución era pagar la cuota, como cuenta ella, o tener que desalojar el lugar donde había

vivido por más de treinta años. Hasta que llegó el día en que le tocó despedirse de su pueblo. Fue entonces cuando su vida dio un giro total, ya que la guerrilla lo único que le dejó sacar de su vivienda fue un par de zapatos, 30 000 pesos para el pasaje y un trozo de pan para el camino.

Llegó a Bogotá y empezó una nueva vida. Pero la edad le jugaba una mala pasada. Sin poder caminar casi y sin saber a dónde dirigirse, deambuló por las calles del centro durante más de tres años, hasta que la fundación El Señor de los Milagros decidió hacer un plan de recolecta para las personas de la tercera edad: “Estoy muy agradecida por todo el apoyo que me brindan todos los días de mi vida y, aunque sé que ya no me puedo mover, ellos hacen de mi vida lo mejor de mis días”, dice Odilia.

Ahora vive de las manillas que alguna vez hacía en el pueblo como un ingreso mínimo para ella. Pero sabe que, en la fundación, no le faltará nada, muy de vez en cuando la llevan a misa y nunca le falta un plato de comida.

Rosa

René Alejandro Gómez Sánchez

De piel morena, cabello corto y voz fuerte, así luce la señora Rosa, una mujer de 62 años que se desempeña como empleada del servicio, según nos cuenta, desde que tiene memoria. La señora Rosa accedió a atendernos en su casa, en donde vive en arriendo, ubicada en Usme. Nos cuenta que ha vivido en ese sector desde que llegó a Bogotá, pues ella es de Melgar, Tolima.

Tuvo que emigrar de su pueblo debido al maltrato físico que tuvo que vivir a costa de su padrastro. Aproximadamente a los quince años, conoció a Manuel, un vecino de veintiún años de quien se enamoró y con quien se escapó de su casa para Bogotá.

Ya en Bogotá, y sin tener un lugar fijo donde vivir, Manuel se vio obligado a trabajar en construcción, pues su padre había sido obrero y Manuel sabía de esta labor. La señora Rosa, en contra de la voluntad de Manuel, empezó a desempeñarse como empleada del servicio, como ella se denomina. Desde esa ocasión ella desempeña esa labor. Nos cuenta que ha pasado por muchos lugares y es-



Rosa

pecífica que, gracias a Dios, siempre se ha visto amparada por buenos patrones.

Poco tiempo después de cumplir veinte años, la señora Rosa quedó en embarazo. De ahí en adelante tuvo dos hijos más, prácticamente seguidos, todos con Manuel. Sus hijos, Pablo, Ernesto y Marina, tuvieron una infancia y una adolescencia normal. Todos terminaron la escuela, aunque, como todos, tuvieron sus épocas de rebeldía, dice, entre risas, la protagonista de esta historia.

Actualmente, todos viven con sus familias en Bogotá. Pero con quien más se ve es con su hija, ya que es ella quien la visita los domingos. De las visitas de su hija lo que más le gusta es compartir con su nieta Daniela, de doce años. A pesar de tener otros cuatro nietos más, es con Daniela con quien más comparte. Y nos cuenta que a Daniela le encanta que ella le prepare carne encebollada cada vez que la visita.



Fuerza y amor, la definición de la mujer

Jessica Paola Caicedo Sierra

Esta es la historia de una mujer luchadora, de una mujer a la que la vida, si bien no le concedió comodidades y lujos, sí la dotó de amor, de un corazón tan grande y fuerte que le permitiría sobrepasar grandes obstáculos.

Es la historia de Hilda Marina Melo Sarmiento, una mujer ejemplar. Hilda nació en 1953 en la ciudad de Humbita, Boyacá. Siendo la menor de seis años, contaba con el cariño inmensurable de sus padres, que, si bien no demostraban su cariño mediante caricias, sí lo hacían mediante los cuidados y la atención prestada a cada uno de sus hijos. Y ella, por ser la pequeña del hogar, gozaba de la mejor manera.

Desde muy pequeña, Hilda fue sumergida en el mundo de las labores domésticas, su vida era el campo y todo lo que este le ofrecía. En la mañana, ir a la escuela era una travesía maravillosa para esta pequeña niña. Ver los maravillosos paisajes que su amada Boyacá le brindaba era toda una maravilla.

Esta pequeña pasaba sus días entre caminatas de ida y vuelta a su escuela que, como dice ella, parecía demorarse más que el tiempo mismo que ella permanecía en



Fuerza y amor, la definición de la mujer

la escuela aprendiendo. Aquellos momentos en la escuela del pueblo le permitieron aprender letras, colores y formas que nunca había visto. Y sus tardes, esas tardes llenas de diversión, hacían que los oficios del hogar se convirtieran en los juegos perfectos y el mundo soñado.

Pero toda esta fantasía vivida en su enorme casa campestre no resultó eterna. Justo cuando Hilda tenía siete años y cursaba su segundo año de primaria, las cosas cambiaron. Era hora de que la pequeña Hilda ayudara a su madre con las responsabilidades y, aunque para ella no representó dolor alguno, sus mañanas de aprendizaje acabaron desde ese momento para siempre.

Pasaron los años, Hilda creció y se convirtió en una joven mujer. Era tímida y dedicada a sus padres. Sus mejores amigas eran sus hermanas y su interacción en el mundo era con los obreros que venían a tomar guarapo cada tarde en la cocina de su casa. Fue así como esta adolescente se enamoró y cuando, a partir de ese día, su vida tomó otro rumbo.

Él tenía veinte años. Era moreno, delgado y de ojos color café claro, tal como ella los describe. La hacía reír y sentir cosas que jamás había sentido. Hilda era feliz al verlo, sentía que su mundo daba vueltas al tenerlo cerca. Era un amor joven, de esos en los que las consecuencias no existen.

El amor nació, o al menos eso pareció, y fue así como Hilda, con tan solo diecisiete años, cedió ante las ilusiones del primer amor y se entregó de cuerpo, alma y corazón a este, su salvador.

Producto de este amor apasionado, meses después, y como era de esperarse en aquella época de nacimientos recurrentes, Hilda dio a luz a una pequeña niña, una niña con los ojos de su padre y con su cara redonda: una hermosa bebé a la que llamó María Victoria.

Esta joven pareja decidió viajar a la capital, a donde, se decía, las oportunidades eran incontables y de hambre no se moría nadie. Viajaron a Bogotá a probar suerte, a buscar un futuro mejor que el que podría ofrecerles su tierra natal. Al llegar a esa gran ciudad, les encanto, aunque el miedo se pegó en sus huesos. Era tan grande, tan diferente a lo que ellos pensaban que era, que esto poco a poco fue abrumando sus mentes.

Después de un año viviendo los tres, durante los cuales Hilda cuidó de Vicky y su compañero buscó lo necesario para satisfacer las necesidades de la familia. Este hombre fantástico, en el que Hilda depositó su confianza y su corazón, desapareció. Y desde ahí su vida cambió.

Regresar no era una opción. Hilda debía hacer algo por ella y por su hija. Ella soñaba con un futuro bueno en el que tuviera una casa, estudio para su hija y la tranquilidad que su corazón anhelaba. Esa misma tranquilidad que sentía de niña, pero que, en algún momento, se perdió o

se escondió tan profundo que recuperarla llevaría muchos años de confusión y tristeza.

El tiempo pasó. Hilda trabajaba como empleada en labores del hogar en una casa del centro de la ciudad. Ayudaba a servir, a cocinar y a limpiar. Su horario era duro. Se levantaba cada mañana a las 4:00 de la mañana. Alistaba a Victoria, que ahora tenía tres años, le daba el desayuno, comía aquello que le permitía la suerte de ese día y salía a trabajar.

Victoria se quedaba con ella hasta que abrían la guardería, la más económica que encontró a los alrededores. Después, empezaba sus labores. El trato de sus patronos no era malo, como ella lo menciona, pero esta no era la vida que ella soñaba. Aunque su vida siempre estuvo rodeada de quehaceres, ella quería su casa, sus cositas, como ella dice. Soñaba con un futuro mejor para Victoria y para el nuevo bebé.

A su bebé lo llevaba en su vientre con un profundo amor, pero con sentía tristeza en su pecho por aquel hombre, un hombre al que creyó distinto, pero que la dejó sola, un hombre del que no habla porque su memoria no le permite detenerse en ello. Fue así como a su vida llegó Viviana, una tierna niña a la que Hilda amó desde el primer momento y por la que luchó, aunque eso significara multiplicarse en dos, y hasta tres, para obtener el sustento.

Los trabajos que vinieron fueron similares, de mucho esfuerzo físico y poca remuneración labo-

ral. Pasaba días sin comer, o comiendo muy poco, para así poder darles lo suficiente a sus hijas.

Victoria y Viviana se convirtieron en señoritas, pero su sueño de brindarles una educación completa se esfumó en el proceso. Y, aunque ellas no eligieron el mismo trabajo que su madre, también han desempeñado trabajos duros, en los que la fuerza física es el factor primordial.

Para Hilda, el esfuerzo, aunque no disminuyó, sí cambio de lugar: ya no trabajó en casas de familia, sino en una pequeña empresa de empanadas. Allí, aprendió a hacer el que se convertiría en su sustento. Además de hacerlas en su lugar de trabajo, hacía para venderles a sus vecinos y conocidos.

Aunque el dinero no era una cantidad exorbitante, después de mucho tiempo, y al verse ya sin las mismas fuerzas físicas, pero sí con ganas en su corazón, decidió que era hora de adquirir lo suyo y de salir de aquella penumbra que siempre creyó que la había acompañado.



UNIVERSIDAD
CENTRAL